



*A finales del año pasado recibí un correo de Jezreel Salazar, antologador de La conciencia imprescindible. Ensayos sobre Carlos Monsiváis (Tierra Adentro, 2009), comunicando a quienes participamos en el libro que el mismo Monsiváis quería invitarnos a merendar en su casa. Se trataba de estar en la Colonia Portales de la ciudad de México tres días después, cosa que hice sin quejarme en absoluto, aunque bajé del autobús partida en varios pedazos. ¿Qué podría llevarle al anfitrión que tuviera posibilidad de entusiasmarlo? Caminé por el Centro Histórico buscando, al principio con serenidad y luego con desespero, ese objeto que dejaría en sus manos para obtener a cambio una sonrisa de condescendencia, en el peor de los casos, o de sorpresa, en el mejor. Ya casi al dar la hora de abordar el metro opté por la primera idea: comprar un juguete a sus gatos. Pero no había tiendas de mascotas, ni cosa parecida cerca (pregunté), por eso decidí comprar unas pulseritas de diez pesos hechas con listones de colores de los cuales pendían figuras que, luego supe, eran religiosas. Arranqué la única imagen que reconocí, la de la Virgen de Guadalupe, y amarré estas pulseras al alambre de un gancho que recogí de alguna parte y que destorcí como un palo de pescar. En el viaje probé varias veces el juguete y llegué a su puerta, satisfecha. Al menos era un regalo original.*

**A** los pocos minutos aparecieron Jezreel y otros dos de los jóvenes ensayistas que participaron en el libro. Nos abrieron tiempo después de habernos preguntado por interfon dos o tres veces quiénes éramos y qué queríamos, lo que nos hizo sospechar que no nos esperaban. Pensé entonces que la merienda sería algo más sencillo de lo imaginado; me consolé pensando que quesadillas o sandwiches ayudarían a relajar la tensión de la mesa, los platos y los cubiertos. Cruzamos un amplio pasillo que hacía las veces de cochera hasta llegar a su estudio. Ya para entonces un fuerte olor a orines de gato había penetrado en nuestras narices. Su espacio, con la puerta abierta, se exponía sin pudor ante nuestros desorbitados ojos: ¡cuánto todo! ¡Cuánto desordenlibrosopolvogatos! Las pilas de libros nacían y se alargaban hasta tentar el equilibrio; algunas, derrumbadas como fichas de dominó sobre las mesas, daban la impresión de ser rascacielos vencidos. Los estantes rodeando las paredes parecían guarecer a los libros más antiguos que observaban el caos que cundía en el centro del gran salón apocalíptico. Viendo todo el conjunto, con los gatos paseándose libre y soberanamente, y la luz tenue del atardecer de otoño, tuve la impresión de estar visitando Ciudad Monsiváis, un espacio anárquico, cuya única ley era definida en el preciso instante por sus únicos habitantes, los gatos.

Aún esperaba que las cosas regresaran al rumbo esperado, es decir: sala coqueta, ¿qué quieren tomar?, ¿les apetece una cerveza?, flores con agua recién cambiada en algún florero. Pero en lugar de eso, un hombre seco pero amable nos invitó a pasar a la habitación del escritor. “¿En serio?”, pregunté a Jezreel, pero él no contestó y se enfiló hacia una puerta entreabierta. Ahí estaba. Primero su pelito blanco y despeinado, luego su pijama de franela, luego sus *crocs* rojas, sentado sobre un sofá y frente a una mesa móvil que me recordó a la que por muchos años sostuvo a la televisión en la casa de mi infancia. La cama, un ventanal que daba a un jardín bien cuidado, y un librero largo, con cientos de figuras felinas que seguramente había recibido de regalo. Había, por supuesto, más pilas de libros. Muchos. Una bolsa de la tienda Zara cuyo misterioso contenido verdaderamente me obsesionó, y un plato con algunos trocitos de papaya frente a él. No recuerdo si nos saludamos de beso o de mano, si le dije Carlos, maestro, Monsi, señor... Sólo recuerdo que perdí mucho tiempo pensando cómo llamarlo. Entregamos nuestros regalos, que obviamente le dieron lo mismo, y Jezreel inició presentándonos. No hubo siquiera vaso de agua de por medio. Yo me senté en su cama, como los demás, y no dejé de jugar con el alambre con colgijes que seguramente alguien sacó de su casa meses después, sin que un gato lo tocara.

## **CASI TODOS PODÍAN RECONOCERLO EN LA CALLE. ALGUNA VEZ LEÍ QUE ESTABA CANSADO DE QUE LOS TAXISTAS AL RECONOCERLO LE SACARAN PLÁTICA, Y CUANDO CONTESTABA SU TELÉFONO FINGÍA LA VOZ DE UNA VIEJECITA PARA NEGARSE SI ASÍ LE DABA LA GANA**

Le interesó Monterrey. Me preguntó por los chismes más recientes de la farándula sampetrina, pero poco pude contarle. Tal como lo definió Adolfo Castañón, Monsiváis era una agencia de noticias en sí mismo. Así nos pasaron las horas. Hablamos del periódico *Reforma*, de la mala competencia que era *Milenio*, y del periódico *El Norte*, por supuesto, en donde desde 1993 publicaba en exclusiva para los regiomontanos una columna editorial. Llama la atención que no se encuentren réplicas de estos textos en el periódico *Reforma*, sólo algunas de ellas se publicaron en *El Universal* días después de aparecidas en *El Norte*. Es de dichas entregas de las que quiero hablar en este texto póstumo desde la orfandad en que me dejó Monsiváis no sólo como lectora, sino, si vale decirlo, como colega suya: como columnista también.

De todo lo que escribió nuestro prolífico autor, son sus columnas las más vulnerables al olvido. Sus temas de carácter temporal sobre la política mexicana y sus efímeros personajes (¿quién será César Nava en diez años?) hacen de sus columnas y de sus conferencias las piezas más “perdedizas” de su herencia. Sus libros permanecerán, se reeditarán y nuevos lectores reinterpretarán al autor en otros tiempos, pero sus columnas corren el riesgo de terminar limpiando ventanas. Por eso me propuse leer todas sus editoriales y trabajar esta reflexión para invitar a que el lector busque y recuerde ese golpe que sólo Monsiváis era capaz de dar: “la sensación de una verdad revelada”.

Esta sensación producía en el lector la satisfacción de la revancha: nadie mejor que él para vengar nuestra indignación ante el cinismo de la clase política, pero también, hay que decirlo, el lector podía sentirse convidado a la sensación de la victoria cuando le quedaban pocas dudas de haber entendido lo que Monsiváis quiso decir. Y es que, pareciera que no, ser bien interpretado era para él un exquisito halago, así

lo deja entrever en *Aires de familia* cuando, después de introducirnos a los liberales de principios del siglo XX, a quienes llama “profetas de la democracia y la tolerancia”, comenta sobre ellos: “Algunos profetas disponen de un discipulado amplísimo, otros son leídos sin las claves adquiribles treinta o cuarenta años más tarde” y su reflexión termina citando a Oscar Wilde: “No me dejéis morir sin la esperanza de ser incomprendido”. Esta es una de las características más definidas de su estilo como columnista, que no como cronista: la mayoría de sus textos podían ser tildados de abigarrados, sin rastro de condescendencia. Muchas veces, al leerlo, me parecía que con alevosía decidía deshacerse de los lectores para quedarse consigo mismo al final del texto. Como si hubiera proyectado un final no compartible, expulsaba hasta a sus más devotos lectores a golpes de párrafos tabique, pesados y complejos. Otras columnas, en cambio, las recuerdo como valles despejados, en los que el lector podía quedarse largo tiempo contemplando. Estos cambios en el tono pueden ser atribuibles al humor cambiante, al sello humano, impreso en todas las columnas de opinión. Pero más allá de esto, la legión llamada Monsiváis se distinguía, como pocos articulistas, en escribirle a un lector ideal, inteligente, crítico y divertido. Nunca dejó de inspirarse en ese destinatario imaginario; no cayó en la tentación de desconfiar de la suspicacia de sus lectores; mantuvo, hasta su última columna en marzo de 2010, esa horizontalidad con la mirada que lo buscaba los domingos. Ciudadanizar a sus lectores, como lo dijera Jezreel Salazar, fue siempre uno de sus trayectos favoritos al lanzarse a viajar con sus lectores.

En aquel casi mítico ensayo publicado en 1990 por la revista *Vuelta*, y titulado “Un hombre llamado Ciudad”, Castañón estudia la trayectoria de “uno de los últimos escritores públicos del país”. La reflexión me parece atinada en cuanto a lo obvio: casi todos podían reconocerlo en la calle. Alguna vez leí que

1 Salazar, Jezreel; “Nostalgia de Monsiváis”; Revista de la Universidad de México; Número 77, Julio 2010.

estaba cansado de que los taxistas al reconocerlo le sacaran plática, y cuando contestaba su teléfono fingía la voz de una viejecita para negarse si así le daba la gana. Pero más allá de esto, creo que el verdadero sentido público de Monsiváis se hizo patente en sus compromisos. Su concepción del espacio público, como antagonista del consumo televisado, es uno de los más importantes aportes consignados en sus columnas de opinión.

Si bien la mayoría de sus columnas giraron en torno a la política nacional —de ahí su carácter un tanto efímero—, es importante mencionar que en muchas ocasiones Monsiváis priorizaba su propia agenda ante la oficial, en la que figuraba la ciudad, la laicidad, los derechos humanos, la tolerancia, la democracia, los derechos de las minorías y la crítica al consumo como ejes fundamentales.

En este momento recuerdo la columna publicada en el 2001 titulada “De las catedrales llamadas Malls”, o en el 2006 “Del Mall como plaza del pueblo”, que más que columnas podrían ser catalogadas como breves ensayos para regios muy regios. De éstos se desprenden reflexiones afiladas: “Ahora, de lo que se trata es de proclamarle a cada mall las proporciones de la urbe y volver a las ciudades meros apéndices de los macrocentros comerciales”. O bien, ¿para qué negarlo? afortunadas ocurrencias: “Si no compras, sigue mirando que un mall también se nutre de las frustraciones”. Al leer estos dos textos no puedo dejar de preguntarme si efectivamente pensaba en su público regiomontano. ¿Estaría mandando mensajes cifrados a los lectores de *El Norte*?

Su relación con esta ciudad más bien fue áspera. Sin ningún miramiento dijo, aquella vez en su cuarto, que no le gustaba venir a Monterrey. Basta recordar su enfrentamiento público con los empresarios regiomontanos. En 1993 fue publicada en *El Norte* una nota cuya declaración habla por sí misma: “Cuando uno habla delante de los poderosos de Monterrey sobre el Gobierno, tiene que hacerlo con garantías de que será con toda la ortodoxia, obediencia y humildad perentoria”. Cuatro años después dedicó una columna a la camarilla de empresarios y políticos que participaron en el fraude de Banca Confía titulada “Lankenau mata víbora en viernes”, en la que puede leerse que, aunque lejos, se mantenía actualizado de

los contubernios entre la élite política y económica del estado. De igual forma, conservaba relaciones vivas, entre otras, con Mauricio Fernández y con algunos otros empresarios de gustos refinados y coleccionistas de arte. En aquella visita a su casa pude preguntarle cómo es que siendo un defensor de lo popular y uno de los últimos militantes de la izquierda ideológica podía aceptar cenas en casas en donde seguramente jamás lo habían leído y mucho menos entendido. Me contestó que en realidad se trataba de un mutuo morbo bien aceptado por las partes. El oído de Monsiváis fue una de sus herramientas de trabajo más utilizadas al escribir. Le importaba quién hablaba y desde dónde lo hacía. Su famosa columna “Por mi Madre, bohemios” da cuenta de esta obsesión magistralmente compartida.

Monsiváis fundó una tradición en el lenguaje, y es menester de quienes nos quedamos que esta tradición, este oficio del intelectual comprometido con la fuerza del lenguaje, no muera con él. Sergio Pitol reflexiona acerca de la influencia que tuvo la experiencia infantil del estudio de la Biblia sobre su entrañable amigo. A corta edad, Monsiváis era capaz de declamar en orden de aparición, y al revés, todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento. “Esto explica de alguna manera la excepcional textura de la escritura del autor, sus múltiples veladuras, sus reticencias y revelaciones, los sabiamente empleados claroscurros, la variedad de ritmos, su secreto esplendor”<sup>2</sup>. Esto, aunado a esa picardía inconfundible “como si estuviese cometiendo una travesura a la hora de burlarse de la realidad”<sup>3</sup>, creaba en ese halo que rodeaba a sus textos y que él mismo describió en una de sus columnas al escribir: “¿de qué manera influye la historia en el humor? ¿Es posible acercarse a momentos de intenso dramatismo sin dosis de ironía y de sarcasmo? La preguntas distan de ser gratuitas porque en la transformación de la conciencia política que vivimos, el humor es, casi literalmente, un salvoconducto en este campo de batalla que llamamos ‘salud mental’”<sup>4</sup>. Sin embargo,

2 Pitol, Sergio; Un lenguaje afianzado en la tradición; Revista de la Universidad de México, Núm. 77, Julio 2010.

3 Salazar, Jeezrel; Nostalgia de Monsiváis; Revista de la Universidad de México, Núm. 77, Julio 2010.

4 Monsiváis, Carlos; ¿De qué se ríe el Subcomandante? El Norte; 13 de Febrero de 1994

el propio Monsiváis se declaró en otra columna frustrado de que la ironía se interpretara como “choteo” y que esto produjera o facilitara el fenómeno de la “normalización”. Dice “ahora sabemos que el humor, al no ser en verdad corrosivo, fortalece lo denostado... ¿En qué han dañado la imagen del presidente Carlos Salinas de Gortari las caricaturas en su contra? Sí, divierten... y dan lugar a los acuerdos del lector que en nada se convierten, salvo en esa infinita sensación de queja que asociamos con la ciudadanía. Y punto”. Pero esta opinión la suaviza cuando se refiere a los moneros, “a los grandes dibujantes satíricos”, y concluye matizando: “En los tiempos del auge del sistema político hoy tan disimulado, millones de personas le deben al humor político, en sus mejores versiones, la verificación instantánea y memorable de sus aciertos interpretativos”. Ni los moneros ni Monsiváis derriban instituciones, es cierto, pero acompañan a la ciudadanía en el ejercicio, sin ellos desolador, de la crítica.

Aunque no es común en sus columnas este tipo de autorréplicas, vale la pena apuntar que Monsiváis fue un ser dividido: posmoderno como pocos, pero tenaz defensor de la esperanza al mismo tiempo. Al respecto dice Castañón: “Entre la multitud de cabezas tibias, frías o calientes, Carlos Monsiváis pertenece a la rarísima especie de Tiresinas con un hemisferio ardiente e infernal y otro helado, angélico<sup>5</sup>”. Tal vez por esto mismo es que siempre me resultaron profundamente conmovedoras las columnas que exponían su dolor y su apuesta por el humanismo. Aunque seco, desfachatado e irónico, Monsiváis fue un hombre de una sensibilidad poderosa, consciente de que en su oficio no podía caer en la tentación del catastrofismo. En una columna escribe sobre su propia tarea: “lo que priva es la urgencia de darle voz a las sensaciones de despojo”; y luego, en otra, escribe para defenderse del abismo: “transformar la desesperación en esperanza racional es la gran tarea de hoy, cuando todo parece incontrolable”.

Quizá lo que yo más extraño de él es esa suerte de autoridad intelectual y moral para defender el humanismo como la única base de la civilización. De las columnas que atesoro recortadas en mi escritorio, una, la más acariciada, se titula “Las vicisitudes del

humanismo”, fechada en septiembre de 2007, de la que quisiera recoger un párrafo en el que Monsiváis ancla su más íntima esperanza: “Los que se han opuesto a la invasión de Iraq, los que denuncian los ecocidios, los que se movilizan contra las represiones en cualquier lugar del mundo, son los continuadores efectivos del humanismo, en la etapa en que el genocidio se quiere hacer pasar por obligación moral”. Otro de su más entrañables textos, en donde demuestra claramente la licencia emotiva que de vez en vez se otorgaba, fue publicado en marzo del 2009, y se llamó “La crueldad hacia los seres vivos”, en la que Monsiváis refiere la masacre con machetes y tubos de treinta y siete perros y gatos refugiados en la casa de una persona que “dejaba de comer” para atender a los animales que recogía de la calle. Este es uno de los textos más conmovedores que puedo recordarle, aquí el columnista expone su propio dolor: “En efecto, y ésta es mi convicción, los animales tienen derechos, y negar que sufren y reírse de este sufrimiento es, como se le quiera ver, otra prueba de la deshumanización”. Sobre los animales luego, en otra columna, concluye: “La actitud humanista sigue siendo y seguirá siendo la base de la civilización, y allí la sensibilidad es, de modo esencial, respeto y compasión por los seres vivos (en el sentido de padecer con otros)”.

A pesar de que desde que entró a cuidados intensivos Monsiváis comenzó a prepararnos para su partida, el día de su muerte confieso haber sentido la sorpresa de la cubetada de agua helada. No supe entonces qué me parecía más insoportable, si asumir que en el tsunami que ya vemos formarse no estará su voz, o imaginar que se hubiera llevado en los labios el sabor al México amargo de nuestros días. Esto último me duele profundamente, porque Monsiváis merecía morir creyendo que a pesar de Calderón, del narco y de los otros despojadores de futuro, en cada esquina un ciudadano resistirá en el ejercicio de sus derechos; debía morir seguro de que aunque atravesemos tiempos de infinita tristeza, no faltarán mexicanos que defiendan su derecho a la noche, al *dancing* y al relajo; merecía morir creyendo que cada día más personas mirarán en las cicatrices de su ciudad sus propios accidentes, convencidos de que no podrán salvarse a sí mismos sin salvarla a ella. Me consuelo con la certeza de que Ciudad Monsiváis ha sido estrenada como un lugar para vivir después de la muerte. Ahí habita Monsiváis, y siempre podremos visitarlo.

<sup>5</sup> Castañón, Adolfo; *Un hombre llamado Ciudad*; Revista Vuelta 163; 20 de Junio de 1990.